

ENSAMBIENTO NAVARRO

DIOS-PATRIA-REY

23
vbre. 1975

25.701
- 1956

DIRECTOR:

JUAN INDAVE NUIÑ

Editorial Navarra, S. A. — Redacción, Administración y Talleres: Leyre, 18-20. —
Teléfonos: 24-69-95 — 24-69-96. — Franqueo
concertado 24/17. — DIEZ PESETAS. —

TOLEDO

LA CALEFACCION ELECTRICA QUE LE DURARA MAS QUE
SU PROPIO PISO

DE VENTA
EN LOS MEJORES
ESTABLECIMIENTOS DEL RAMO



TOLEDO EL "SUPER-RADIADOR"
QUE MAS CALOR PROPORCIONA

NUESTRA MONARQUIA Y JUAN CARLOS

Ayer se produjo un hecho incuestionable en la historia de España: Juan Carlos fue proclamado Rey. Y como ésta es la realidad, tenemos la obligación de ocuparnos de lo que entraña este acontecimiento.

Algunos se han preguntado y nos han preguntado: ¿Qué rumbo va a tomar desde ahora EL PENSAMIENTO NAVARRO? Nuestra respuesta es firme y tajante: el rumbo de siempre, el de nuestros Ideales, pues entendemos que no es la persona la que ha de estar por encima de aquéllos, sino al contrario; Ideales que hemos defendido siempre, incluso con sangre, y que se encierran en nuestro lema de DIOS-PATRIA-FUEROS-REY. Es una constante del Carlismo que el Rey ocupe el último lugar en esta escala de valores.

Pero no huímos de afrontar la situación presente. Para ello, dada nuestra condición de carlistas, debemos apelar a las tres fundamentaciones de la Monarquía que han tenido lugar en nuestra Patria. Una de ellas —la nuestra— está representada por los legitimistas o realistas (después llamados carlistas). Esta Monarquía conoció una efímera restauración en la última década de Fernando VII, tras el período revolucionario de Riego, y fue popularmente reivindicada en las guerras carlistas cuyo eco alcanza parcialmente hasta el año 1936. Sus reyes lo eran "por la gracia de Dios"; es decir, no se trataba de que Dios designase directamente al que había de reinar y dirigiese su sucesión, sino de la idea —tan vieja como la Cristiandad— de que la sociedad civil es una exigencia de la naturaleza humana; que la naturaleza (y su orden) representan la voluntad de Dios, y que a la existencia de una sociedad es necesaria una autoridad.

Otra es la de los Príncipes liberales que aceptaron el principio constitucional, reconociendo el origen de su poder en la Voluntad General o Pacto social. Reinaron en España, con varias interrupciones, desde Isabel II hasta Alfonso XIII. El breve reinado de Amadeo de Saboya, incluso, se asentó en los mismos principios.

La tercera, es la Monarquía instaurada, surgida de una voluntad de poder, por vía de sucesión de un poder "per se", representación carismática de la Nación.

Debemos proclamar que no existe más verdadera Monarquía que la fundada por los siglos en el seno y bajo la inspiración de la Cristiandad histórica; esto es, la Monarquía de las Españas antes de la Revolución.

Ayer fue proclamado Rey Juan Carlos ante las Cortes Españolas. Los partidarios de cada una de estas tres posibles opciones monárquicas "juegan" hoy

en España a que desconocen el problema y a dar por supuesto que la prevista Monarquía será la que ellos propugnan. O sea que hay quienes defienden la Monarquía Tradicional, quienes se inclinan por la liberal o usurpadora, y otros que, no admitiendo las anteriores, se ciñen a lo del 18 de julio como mera fecha nada más, sin atadura ni continuidad legal de cualquier otro género.

Lo cierto es que acabamos de asistir en España a la proclamación de una Monarquía. Su cauce de advenimiento se asemejaría a una "instauración voluntarista" de tipo napoleónico si no fuera porque el sujeto de esa Voluntad —quien ha regido los destinos de la Patria durante casi cuarenta años— ha elegido para encarnarla a un Príncipe de la Casa Real española.

Las exigencias de la Historia y sus urgencias pueden hacer aceptable tal recurso de instauración que deja provisionalmente de lado las grandes e inevitables querellas ideológicas y dinásticas que separan entre sí a aquellas dos diferentes Monarquías primeras.

El Carlismo no ignora que en el Príncipe ayer coronado —previa una presumible abdicación—, confluyen los derechos dinásticos legitimistas a través de D. Francisco, esposo de Isabel II. Tampoco ignora que hereda por vía directa a los Príncipes que aceptaron la Constitución y las ideas que hundieron en el siglo pasado tanto a la Monarquía como a la Patria.

Sobre el nuevo Monarca pesa una opción histórica decisiva e insoslayable: de una parte, el peso casi milenar —más que "centenario"— de la Realeza Católica y Tradicional, así como el juramento prestado de sostener unos Principios y Leyes Fundamentales inspirados en la Tradición patria, estampados con el imborrable esfuerzo decisivo derrochado por los carlistas en la Cruzada. De otra, los cantos de sirena que le llevarían hacia la democracia inorgánica de partidos, hacia el europeísmo liberal y hacia la llamada "libertad religiosa" o abandono definitivo de la unidad católica.

Hechos son amores, que no palabras. Haga Dios que esta Monarquía sobre tantos sacrificios conseguida, y con esperanzas aclamada, sepa mantener y perfeccionar las instituciones consecuentes con el principio monárquico. Y que jamás se entregue a las ideas y los hombres que son naturales enemigos de toda Monarquía, los que tantas veces durante el último siglo la han traicionado.

El Carlismo —huérfano en los últimos tiempos de Monarca, pero no de existencia ni de peso histórico, como lo demostró en 1936— espera, con fe en Dios, esa hora ya inmediata de las supremas decisiones.